

EL REY QUE VIENE

Ochocientos años después de Alfonso VIII, a casi cincuenta años justos de la visita de Alfonso XIII, un rey se acerca a Cuenca.

De la primera cita, a la segunda, una larga historia de grandezas, intrigas, trabajo, construcción, decadencia, silencio y olvido. De la segunda hasta ahora, el páramo.

Pretender, a estas alturas, enlazar con el comienzo, sería un despropósito de tal naturaleza, que quedaría descalificado en su propia formulación. El envite a la monarquía restaurada tiene otro carácter: enlazar con el presente del mundo, recorriendo, en un tiempo brevísimo, el vacío producido desde el instante en que España quedó fuera del tren.

No faltarán, ante Juan Carlos de Borbón, el rey que viene a Cuenca, las pancartas, los gritos, los discursos y las peticiones. Tendrán, con toda seguridad, el equivocado matiz de creer que está en las manos del Jefe del Estado conceder, regalar o promocionar iniciativas de tipo práctico. Harán bien, sin embargo, los encargados de preparar la lista de peticiones, en no ser parcos en sus demandas. Ciertamente, no les van a faltar temas que reseñar. Y si el rey, por sí mismo, no va a dar las respuestas que la situación de la provincia necesita, sí se debe esperar que su gobierno tome, al menos, conciencia de que esta provincia existe y en tal abandono, que un Consejo de ministros exclusivamente dedicado a Cuenca no daría abasto para tomar decisiones.

Pero sobre toda esta problemática práctica, que enlaza con la aventura cotidiana del vivir en Cuenca, hay otro factor, mucho más amplio y, diríamos, trascendente: el que engloba esos conceptos tan vapuleados de dignidad, justicia, igualdad, libertad. Porque las provincias deprimidas tenemos que contemplar con seria preocupación el intento de despegue que con toda energía han emprendido ya las zonas más dinámicas del país. Intento perfectamente válido, lógico y comprensible, pero que lleva aparejado, en su propia evolución, el estancamiento aún más acusado, de esas otras regiones que, como la nuestra, carece del impulso y la fuerza necesarios para dar forma a una inquietud asentada en el alma del pueblo.

Necesitamos, sí, mayor bienestar económico, puestos de trabajo, fórmulas para cortar de una vez la emigración, instalaciones sociales y asistenciales, carreteras... y el larguísimo etcétera bien conocido. Pero necesitamos, sobre todo —así lo creemos— una exacta y precisa igualdad de trato, a la hora de establecer fórmulas administrativas que permitan el desarrollo autónomo de los pueblos de España y a la hora de establecer unos principios democráticos, tan cerca ya de algunas regiones y tan lejos todavía en nuestro entorno.

Si ninguna causa justa dejará de ser oída, nosotros pensamos que ninguna lo es tanto como este deseo —que es también preocupación— de que la igualdad entre las tierras de España, tanto tiempo proclamada, sea un principio real y visible. Y no podrá serlo mientras existan unos baremos distintos para medir la libertad aquí y allí.

La misión que corresponde a un rey llegado a la Jefatura del Estado en las circunstancias de Juan Carlos de Borbón es apasionante. Y el monarca ha logrado, en este período de tiempo, algo que parecía impensable el 20 de noviembre de 1975: que un pueblo haya reencontrado la esperanza, al amparo de unas formas de convivencia democrática. Que esa esperanza se reparta equitativamente, sin que nadie quede frustrado, es nuestra única petición al rey que viene.

LA POLITICA ESTA AQUI

Esta no es una Revista política. Hay números en los que ni siquiera se menciona esa palabra. Pero las circunstancias y la actualidad mandan. La política está aquí, recuperando su lugar en la vida de los pueblos, y hay que hablar de política. Por eso, muchas de las páginas que siguen están dedicadas a esa materia. Pero conviene insistir —ya lo hemos dicho en alguna ocasión— que EL BANZO no es la Revista de ningún partido, grupo o ideología. Estamos, por supuesto, con la democracia y la libertad. Nuestro propósito, en los meses que se avecinan, es informar, todo lo exhaustivamente que se pueda, sobre los planteamientos, proyectos, campañas, candidatos, etc., de los distintos partidos. Y luego, a la hora de las elecciones, que Dios reparta suerte.